

DISCURSO

DEL DR. TOBÍAS BRAVO

Ha querido la Sociedad de Neuro-Psiquiatría y Medicina Legal, por medio de su distinguido Presidente Dr. Juan Francisco Valega, que en esta conmemoración del centenario del nacimiento de Santiago Ramón y Cajal, principalísima figura de la Histología, justa gloria de España y del Mundo, sea yo quien diga unas palabras a nombre de los muchos aquí reunidos que seguimos estudios superiores en la Madre Patria y que por tanto hubimos de aproximarnos realmente a la persona y al ambiente del Maestro. Bien es verdad que el renombre universal y lo básico y primordial de la obra de Ramón y Cajal, así como el humor deleitable de su página de autobiografía y confidencia, hacen de éste, dondequiera, maestro y amigo de todo estudiante y de todo médico de buena voluntad y de vocación esforzada. Quienes vivimos años en España y bebimos las enseñanzas de sus universidades, no encontramos tal vez mejor oportunidad que ésta, que a todos nos congrega, para expresar nuestra honda gratitud y nuestro reconocimiento por todo lo que recibimos y aprovechamos. Circunstancias de todos conocidas que imperaban en nuestra vieja Universidad de San Marcos en los años 1919 y 1921, obligó a un numeroso grupo de estudiantes a dirigimos a España, unos a comenzar los estudios y otros a terminarlos, formando la colonia estudiantil extranjera más numerosa existente entonces en las Universidades hispanas. Allá encontramos para nuestro objetivo todo el calor, toda la amabilidad y comprensión deseables tanto en los Ministerios, como en las Universidades, en los centros científicos y en la sociedad toda.

Y aquí debo dejar constancia muy particular de nuestra más emocionada gratitud hacia Carlos Roe, gran señor de la Medicina peruana y figura relevante de la Obstetricia en Madrid. Investigador fructuoso, con larga labor en la Maternidad de la capital española; Secre-

tario de Redacción de LA MEDICINA IBERA, famosa revista muy conocida dentro y fuera de España, Roe en largos años de trabajo tesorero había logrado sólido prestigio científico, profesional (su elegante consultorio era concurridísimo) y personal, pues frecuentaba los mejores círculos sociales y literarios. Gracias a él ocurrió en 1921 un hecho insólito en los anales universitarios de Madrid. Hasta entonces no era permitido a los alumnos extranjeros la posibilidad de hacer oposiciones para el internado en los Hospitales. Recurrimos donde Carlos Roe para conseguir esta facilidad en el Hospital General, tan necesaria para nuestro aprendizaje; y él mediante sus grandes vinculaciones con los miembros de la Beneficencia Provincial y con los profesionales más destacados de la Corte, obtuvo la autorización respectiva. Es así como meses después rendimos las pruebas reglamentarias y entre 250 opositores para 70 plazas fuimos admitidos: Federico Chávez Rázuri y quien os habla, por fallo de un Jurado compuesto por el Presidente de la Diputación Provincial y los Drs. Gregorio Marañón y José Sanches Banús, suceso comentado con grandes elogios por la prensa profesional y política, por su alto significado en las relaciones de España con las naciones americanas. Yo sé que mencionar estos hechos en vida del malogrado amigo habría herido su genuina modestia.

Perdonad este obligado paréntesis.

No es inoportuno recordar y mencionar el ambiente de la España de Cajal. Toda ella estaba, si se me permite la expresión, saturada del prestigio de este hombre extraordinario. Aún el pueblo mismo estaba enterado y se sentía orgulloso del gran español. Y acaso ninguno de los médicos famosos tengan tan hondamente impresos en su personalidad y hasta en su persona los rasgos típicos e históricos de la nacionalidad y raza como Ramón y Cajal. Creo no errar cuando afirmo que D. Santiago es, antes que el gran médico, el gran español. Nace en un pequeño pueblo; estudia en las decaídas universidades peninsulares de cuando él era joven; se enfrenta recio y brioso, a todas las circunstancias de su vida y de su patria; somete su propio cuerpo a ejercicios con todo el rigor ascético y el militar de las órdenes militares y las órdenes religiosas de la Reconquista y de los siglos magnos de Felipe II, y con el ademán del manco Cervantes. Nacido para eterno las contrariedades pasan por él como los huracanes sobre el mar, dándole apenas coyuntura de magnificencia y sin otra huella real que la memoria, si la narra, en una cáchara de café. Pues hasta en lo expansivo y rotundo y animoso de su confidencia personalísima, fuera de la verdad y de la precisión científica, Ramón y Cajal es un espa-

ñol típico, hombre de amigos y enemigos, que se espontanea y solaza en un corrillo o en un café. Como Pizarro en su vejez confórtase al vadear un río cargando un soldado rendido o jugando a la pelota con los que, bajo su mando, fundan las nuevas ciudades, él puso en su descubrimiento y reducción de células y las neuronas todo el fervor y toda la constancia que, siglos atrás, España puso en el sometimiento y conversión de las Indias.

Si volvemos atrás los ojos, hemos de advertir que rasgos primordiales de España y de Ramón y Cajal muéstranse en el haz de la historia de la medicina en el Perú.

Tal vez en su destino de trabajador infatigable es significativa la fecha de su nacimiento —1º de mayo— aunque ésta entonces no tenía todavía la universalidad y la significación que años después ha adquirido.

Ahito de gloria científica, de homenajes, en el olimpo de su fama, su nombre venerado por todos y por sus obras enaltecida su patria, su jubilación como Catedrático, sirve de ocasión para renovar los homenajes al sabio y para decidir al Gobierno a agrandar y ensanchar el prístino Laboratorio de Investigaciones Biológicas, estrecho y arcaico, transformándolo en suficiente y bello edificio, el Instituto Cajal, en donde tuviera cabida la pujante escuela histológica que su genio supo crear; y también otras múltiples escuelas de investigación científica —Fisiología y Patología nerviosa, Física, Química, etc.— que naceiron del impulso de renovación científica originado por su formidable poder de inducción creadora.

Después, serenamente, heroicamente, permite —así puede decirse de este hombre de indomable voluntad— la cesación lenta y paulatina de sus funciones vitales, sin perder un sólo momento, observador de su propio fin, la serenidad del investigador, anotando trémulo en sus últimos instantes, cuando ya la lengua no podía expresar sus pensamientos, las sensaciones que iba experimentando hasta que su propia mano, su propia voluntad, ponen punto final al párrafo y a su gloriosa vida. Ni una sola claudicación en sus propias convicciones espirituales o filosóficas, que toda su vida mantuvo firme pero calladamente, sin ostentarlas más que a sus íntimos; a diferencia de otros que en estruendoso alarde durante su vida, les vence el miedo o la desconocido, la proximidad de la muerte. Ejemplo de la seguridad y de la firmeza de todas las convicciones de este hombre admirable.

Su silueta temperamental y caracterológica es fácil de hacer y de comprender. Su figura moral, sin embargo, no siempre ha sido bien

comprendida ni divulgada. Corren por ahí muchas anécdotas más producto de la fábula que inevitablemente se crea a todo héroe.

Una de las características suyas es su tendencia a la soledad, al retraimiento, a apartarse de la vida social en cuanto le era posible para abandonarse a sus meditaciones y reflexiones geniales. Sus visitas a casinos, cafés, no le perturbaban su vida de investigador y estudioso. Quienes vivían cerca de él, como Mariano Górriz, gran psiquiatra radicado ahora en Panamá, a quien agradecemos muchos datos, le veían por la rendija de la entornada puerta de su cuarto de trabajo, pasar en los últimos años de su vida largas horas en desma-dejada postura sobre su ya desvencijada poltrona favorita, entornados los ojos, como si durmiera, pero en realidad abiertos hacia adentro, dirigidos hacia su genial fantasía creadora incubando y madurando descubrimiento e hipótesis que luego asombrarían a los sabios.

Como profesor de la Universidad desmereció ciertamente. Sus métodos pedagógicos eran viejos y rutinarios; su discurso monótono, sin inflexiones ni musicalidad, por su voz grave y a veces cavernosa. lo que no despertaba el interés de los alumnos. Sólo sus dibujos, a fuerza de perfección y belleza, atraían.

Cuando explicaba se despreocupaba de todo y poco a poco la mayoría de los alumnos se marchaban silenciosamente de la clase, creyéndolo abstraído en su discurso. De los pocos que quedaban, una minoría atendía interesada; los restantes pasaban el rato hablando o jugando a los naipes. Nada le importaba aunque de todo ello se daba perfecta cuenta. Los alumnos no le interesaban, no los creía tan útiles a la patria como los discípulos. Por eso fué Maestro, Maestro eterno para España y para todo el Mundo, Maestro de Maestros.

Su figura inmensa irradiaba a todos los ámbitos. En la crisis ideológica y política de España, vé con Joaquín Costa y Giner de los Ríos que para transformar a su patria hay que renovar a su juventud y del binomio de Costa, "educación y dispensa", aborda la transformación del primer término. Y su ciencia, su renombre y el reverente respeto que a todos inspira sus palabras, crea primero una escuela brillante, cuyos discípulos saben hacer honor al maestro y se transforman a su vez en nuevos maestros. Hace cambiar los rumbos de la educación de la juventud, introduce y despierta el interés por la investigación.

Desde la presidencia de la Junta Ampliación de Estudios e Investigación selecciona Profesores, Doctores y profesionales jóvenes y los pensiona en afamados centros de investigación del extranjero,

quienes al regresar al país inyectan savia de renovación científica en las universidades.

Recogiendo algunas frases de Lugaro y de Spatz, presentes en sentidas necrologías, repetiré que con la sola fuerza de su talento y de su voluntad, con su trabajo infatigable y genial, construyó una obra científica colosal, armónica como una obra de arte y tan sólida que ha de desafiar a los siglos.

Al lado de Cajal se aprendía cosas que en ninguna otra parte se aprenderían. De él se puede decir lo que Marañón dijo en 1929 con motivo de la muerte de Widal: "Generalmente nos alistamos sencillamente, a la ideología de una época, y somos antiguos o modernos: que es como no ser nada en el tráfago incesante de la vida. Lo importante es montarse a horcajadas sobre el límite de dos edades y nutrirse en la sustancia de las dos. Así se empieza a ser inactual, que es como ser actual para siempre, como aspirar a la eternidad". Es eso lo que hizo Cajal. Más adelante añadía: "En la ciencia no queda nada nunca del descubridor. El tiempo lo devora todo. Por lo menos, borra implacablemente el nombre de los inventores. Los hechos o desaparecen porque son falsos, o se incorporan al cauce de la ciencia sin rótulos personales. El hombre de ciencia, si sobrevive a su obra, es gracias a su personalidad científica, cuando la tiene. La ciencia, como una diosa colosal, asimila la verdad y la hace en pocos años, anónima". Esto, señores, no ha ocurrido con Cajal, no podrá ocurrir jamás.

Fué el héroe nacional, dice Spatz, por su heroica representación; heroica la expresión noble de su lenguaje; heroico su ánimo y su fuerza de voluntad para vencer los obstáculos.

Y supo infundir una fe inquebrantable en sus discípulos, dispersos la mayoría por América realizando la idea generosa que él tenía de la verdadera hispanidad. Y para cumplir hasta el último momento el consejo de Gracián, su paisano, que tanto repetía, *tener buen dejo*, murió a tiempo de que su espíritu hondamente liberal no sufriera presenciando la tremenda crisis que aún vive el Mundo.

Hablar de Cajal es hablar de toda una época de la Medicina contemporánea. No quiero decir que el magnífico despertar en muchos aspectos de la España científica arranca sólo desde Cajal, aún cuando mucho de su progreso se deba a su ejemplo. La Historia de la Medicina tiene, en su gran capítulo de la Medicina Española de todos los tiempos, grandes y gloriosas figuras. Para referimos sólo al siglo XIX, fueron contemporáneos de Cajal entre otros: D. Alejandro San Martín y Satrústegui, famoso Catedrático de Patología y Clínica quirúrgi-

cas de Madrid; su discípulo D. José Goyanes, quien dispuso en su testamento la disección de su cadáver para la enseñanza de sus alumnos; D. José Rivera y Sans, de Granada, de cuyos trabajos presentados en el Congreso de la Asociación Internacional de Cirugía en Bruselas el año 1908 hizo exclamar a Czerny: "No teníamos idea de nada de esto"; D. Federico Rubio y Galí; D. Eugenio Gutiérrez y González, que estudió histología en París con Ranvier en compañía de López García, sabio profesor de Valladolid, iniciador de D. Pío del Río Hortega en sus trabajos histológicos D. Salvador Cardenal; los fisiólogos Gómez Ocaña de Cádiz y Augusto Pí y Suñer; D. José Barraquer y su hijo D. Ignacio; el otorinolaringólogo D. Luis Suñé y Molist, cuyo retrato figura en la Biblioteca de la Facultad de Medicina de Viena, a pedido de Politzer; los internistas D. Juan Manuel Mariani; D. Manuel Alonso Sañudo, D. Jaime Ferrán y Clúa; los anatómicos D. Federico Rubio y Galí, D. Federico Olóriz y Aguilera, maestro por excelencia dice de él Cajal; D. José de Letamendi y Manjarrés; D. Aureliano Maestre de San Juan; D. Luis Simarro Lacabra, médico del Manicomio de Leganés, que tanto hizo por Cajal, etc. etc.

Muy larga sería la enumeración de los médicos eminentes de España. Todos los que después han venido han sido discípulos de Cajal. Todos han sentido su influencia y han continuado su tarea de transformar el ambiente científico de su patria. Y no sólo esto, igualmente quienes en otros campos del saber han descollado como físicos, matemáticos, historiadores, antropólogos, químicos, etc. etc., lo fueron por el influjo de su gloriosa vida.

También aquellos muchos a quienes se refiere Víctor Escribano, de la Universidad de Granada, cuando dice: "Es muy frecuente el caso de inteligencias cultivadísimas, de capacidades y de aptitudes científicas comprobadas y perfeccionadas en la práctica del profesorado, en la visita de los hospitales, en el cuidado de la clientela particular, de largas vidas dedicadas a un trabajo sano, de plausibles iniciativas, originales e importantes, que han quedado inéditas o poco menos".

Y aquí considero obligatorio mencionar, aún a riesgo de omitir a muchos, a los maestros que en Madrid y Barcelona, nos acogieron con verdadero cariño, en cuyos servicios hospitalarios y bibliotecas particulares encontramos las mayores facilidades y los consejos más oportunos, en nuestra formación: D. Juan Madinaveitia, D. Laureano Olivares, D. José Goyanes, D. José Sánchez Covisa, D. Gregorio Marañón, D. José Torre Blanco, D. Manuel Márquez, D. Rafael Fraile, D. Gustavo Pittaluga, D. Sebastián Recasens, D. Manuel Varela Radío, D. Teófi-

lo Hernando, D. José Sanchís Banús, D. José María Sacristán, D. Enrique de Salamanca, D. Salvador Cardenal y su hijo D. León, D. Andrés Martínez Vargas, D. Gonzalo Rodríguez Lafora, D. Tomás Maestre, D. Antonio Piga, D. Juan Negrín; los Drs. Durán Arrom, Puig Surreda, Bartrina, Corachán, Soler Roig, Girona Tribus, Jaumendrau, Safforcada, etc. etc. y muchos otros que sería muy largo enumerar.

Cuál fué el resultado de nuestra estancia allá, puede decirlo la brillante actuación científica y profesional de la mayoría. Citaré simplemente algunos como: nuestro eminente Decano Dr. Telémaco Battistini, el Prof. Jorge Valdeavellano, el Prof. Pedro Weis; el Prof. Oscar Soto; los Dres. Marcos Nicolini, Santiago Sánchez Checa, etc. etc.

A nombre de todos ellos, incluso de algunos que han preferido quedarse allá, reitero nuestro más rendido agradecimiento, a todos, profesores, amigos, por habernos hecho grata nuestra permanencia en España.
